

## LOS CONTORNOS DE LA ERA PUTIN

*Respuesta a Vladimir Popov*

En «¿Russia redux?», Vladimir Popov proporciona un lúcido juicio sobre los terribles costes económicos, políticos y humanos de la era de la terapia de choque. Si bien está un poco mejor ahora que hace siete años, Rusia sigue estando significativamente peor que hace veinte. Como demuestra un asombroso cuadro tras otro, el PIB, la inversión y la esperanza de vida no han recuperado aún los niveles de 1989. Lo que Popov denomina «la recesión» tiene pocas comparaciones en la historia económica mundial. No obstante, es alentador que podamos presentar datos que apuntan significativas mejoras en diversas áreas. Tras la incesante turbulencia y la quiebra moral de los años de Yeltsin, los dos mandatos de Vladimir Putin se han caracterizado en general por inaugurar una nueva era de estabilidad en Rusia: el poder estatal se ha reafirmado y, gracias al elevado precio del petróleo, el PIB ha crecido notablemente, las finanzas públicas no están en números rojos, y buena parte de la deuda externa del país se ha cancelado. También ha habido buenas noticias en la esfera social: la tasa de natalidad ha aumentado, mientras que las de suicidios y mortalidad han descendido.

Sin embargo, como advierte Popov, hay muchos peligros a la vista. El rublo está sobrevalorado, y la economía depende excesivamente de la actual bonanza de las materias primas. Además, el gobierno no ha usado los ingresos inesperados que proporcionan los recursos naturales para financiar el gasto en bienes públicos, e incluso ha optado por reducir aún más la base fiscal. No obstante, Popov concluye que «Rusia está mejor ahora que hace siete años», y afirma que la prioridad es «restaurar la capacidad institucional del Estado». La erosión de las prerrogativas democráticas que ha acompañado al impulso recentralizador de Putin es el precio que debe pagarse por el mantenimiento de la estabilidad; la alternativa es el caos.

El enfoque empírico de Popov es un correctivo muy necesario respecto a los espejismos liberal-capitalistas de la «transitología» y la dependencia que los medios de comunicación convencionales rusos tienen del Kremlin. Sobre todo, proporciona una base sólida sobre la que avanzar en el debate. Este artículo es un intento de sondear más profundamente las tendencias que Popov ha esbozado. Es en parte una cuantificación más detallada, diferenciando los elementos de la imagen total, para ver con más

claridad los desequilibrios entre ellos. Pero un examen más riguroso de la Rusia de hoy también tiene implicaciones cualitativas de gran alcance, las cuales a su vez determinarán el modo de abordar —si se abordan, de hecho— los peligros determinados por Popov.

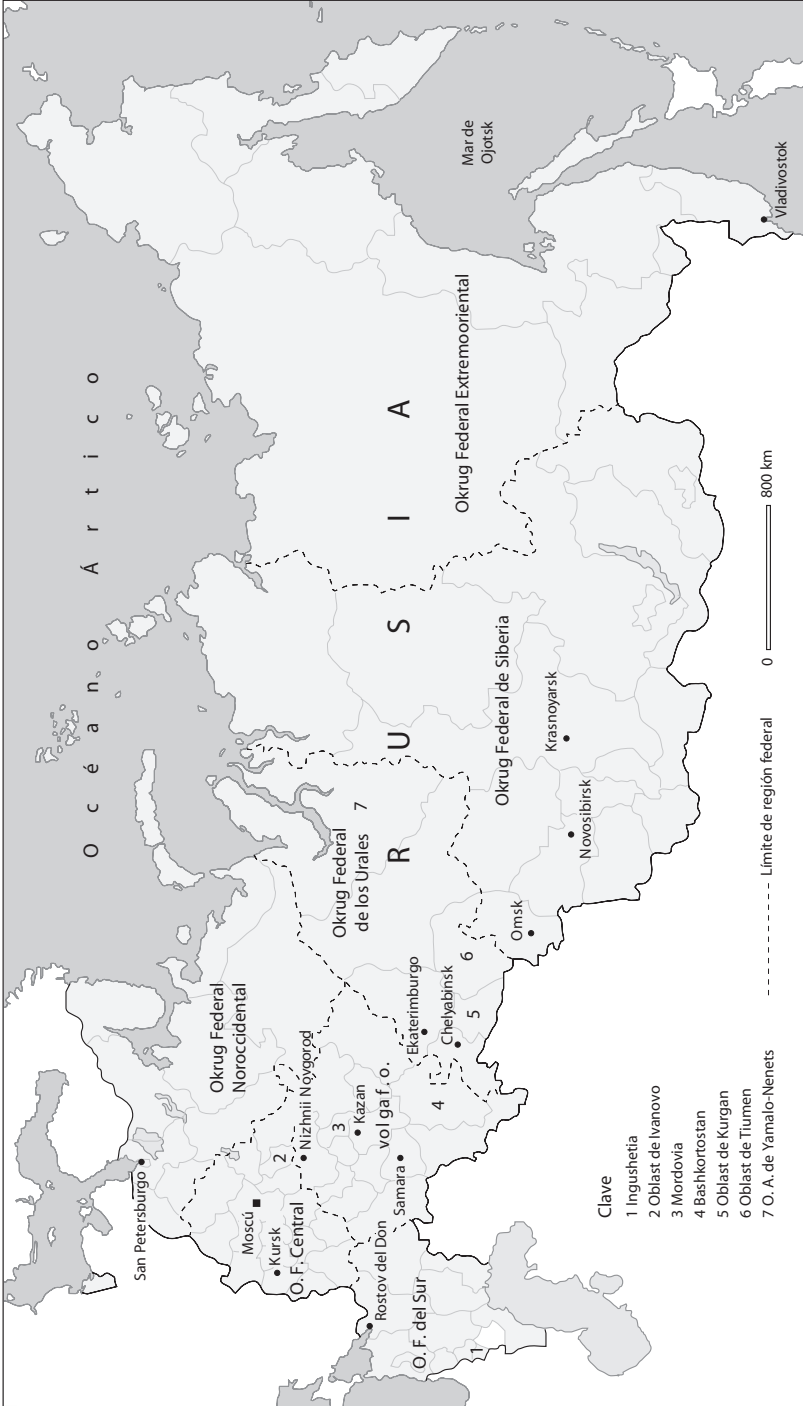
### *Desequilibrios*

El ritmo al que ha crecido el PIB ruso desde el hundimiento del rublo en agosto de 1998 es significativo, alcanzando un máximo del 10 por 100 en 2000, y con una media entre el 4 y el 7 por 100 en 2001-2006. La marea económica ascendente ha hecho crecer la renta de muchos: la media nacional alcanzó los 10.287 rublos (350 dólares) mensuales en noviembre de 2006, frente a los 2.281 rublos (unos 80 dólares) de 2000, mientras que la tasa de pobreza descendió del 29 por 100 en 2000 al 17,6 por 100 en 2004. El coeficiente de Gini, que mide el grado de desigualdad de la renta, aumentó de 0,3 en 1992 a casi 0,5 en 1998, pero en 2000 había caído a 0,4, lo cual indica que al menos parte de las asombrosas desigualdades de la década de 1990 se habían suavizado. Sin embargo, desde entonces este coeficiente ha vuelto a aumentar: de 0,397 en 2000 a 0,409 en 2004<sup>1</sup>.

Habría que hacer otras dos salvedades a esta imagen, relacionadas con la distribución social y geográfica de la nueva prosperidad rusa. La riqueza sigue fuertemente concentrada: en 2002, el 20 por 100 de la población con más renta obtenía un 46,6 por 100 de la renta total, el quintil inferior recibía sólo el 6,1 por 100. Este último se encontraba en peor situación, en términos relativos, en 2004, cuando recibía el 5,6 por 100 de la renta total<sup>2</sup>. La sociedad rusa contemporánea está en general estratificada por la cronología: entre los sacudidos por los vientos huracanados de la terapia de choque en la década de 1990 destacaban los ancianos y los jubilados, ya que las pensiones ya de por sí magras quedaron sin pagar durante los años de Yeltsin. A este respecto, la mejora de la suerte del país también ha ayudado, y las cantidades pagadas incluso han subido. Sin embargo, las pensiones siguen siendo bajas —2.395 rublos al mes (85 dólares) en 2005— y la monetización de una serie de prestaciones sociales en 2004 ha limitado aún más los recursos de los pensionistas. Su nivel de vida se ha erosionado al tener que pagar el transporte y los servicios públicos, que antes eran gratuitos, y por la inflación, antes superior al 10 por 100, ahora en el 9,7 por 100, pero aún así probablemente superior al ritmo de aumento de la pensión media.

<sup>1</sup> Federal'nai sluzhba gosudarstvennoi statistiki (RosStat, [www.gks.ru](http://www.gks.ru)) e Informes de Naciones Unidas sobre el Desarrollo Humano, 2002 y 2006. La línea de pobreza oficial en 2004 era de 2.376 rublos al mes (entonces unos 85 dólares).

<sup>2</sup> Informe de Naciones Unidas sobre el Desarrollo Humano, 2006; Economist Intelligence Unit, *Russia Country Profile 2006*, p. 45. Este último señala con sequedad: «dado que en general se asume que en Rusia la renta y la capacidad de evadir impuestos están positivamente correlacionadas, probablemente la distribución real de la renta sea aún más desigual».



La geografía es una variable crucial para evaluar la actual situación rusa. Tanto población como recursos siempre han estado distribuidos de manera extremadamente desigual a lo largo del enorme territorio del país. La industria se concentra en la Rusia europea, los Urales y el Círculo Ártico; como resultado, el producto regional bruto per cápita del Distrito Federal Central, por ejemplo, es dos veces y media superior al de la estepa del sur y al Cáucaso del Norte. La fuerza gravitacional de la capital sobre la economía del país es extraordinaria: sólo Moscú representa el 20 por 100 de PIB del país. Si tenemos en cuenta la región más amplia de Moscú, San Petersburgo y Tiumen, sólo «cuatro regiones alcanzan casi la mitad de la producción rusa»<sup>3</sup>. La actual dependencia de las exportaciones de petróleo, gas y metales ha exacerbado los desequilibrios existentes, al aumentar drásticamente la riqueza de las regiones ricas en recursos: el producto regional bruto per cápita anual del *oblast* de Tiumen en 2004, por ejemplo, fue de 575.411 rublos (19.800 dólares), frente a los 12.583 rublos (430 dólares) de Ingushetia, la región más pobre de la Federación Rusa<sup>4</sup>. Ni que decir tiene que este torrente de dinero ha afluído a los cofres de las compañías extractoras en forma de beneficios, no en forma de salarios de los trabajadores.

Las cifras regionales totales ocultan más disparidades. No sólo hay diferencias significativas entre regiones, sino dentro de ellas. En la Región Federal Central, por ejemplo, el PIB per cápita anual fue de 4.350 dólares en 2004, y la renta anual media a finales de 2006 era de 6.120 dólares. Pero la diferencia entre los máximos y los mínimos de la región es enorme: mientras que la media de renta anual en Moscú es de 13.440 dólares, en el *oblast* de Ivanovo alcanza tan solo los 1.860 dólares, un ratio superior a 7:1. En otros lugares se obtienen ratios más bajos pero no obstante significativos: en los Urales, la renta media del *okrug* autónomo de Yamalo-Nenets es casi cinco veces superior a la del *oblast* de Kurgan; los habitantes del *oblast* de Samara, en el Volga, ganan dos veces y media más, de media, que los de Mordovia<sup>5</sup>. Dada la mencionada concentración de la industria, y la correspondiente concentración de las oportunidades de inversión y empleo, la distancia entre las zonas más ricas y las más pobres parece destinada a ampliarse en los próximos años. En dicho contexto, el gradual aumento de los precios del combustible doméstico que Popov recomienda en su conclusión tendría consecuencias enormemente dispares en las distintas partes y en los diversos sectores sociales del país, reforzando la dinámica de creciente desigualdad territorial y social.

---

<sup>3</sup> EIU, *Russia Country Profile 2006*, cit., p. 45. Debería señalarse, sin embargo, que muchas empresas rusas tienen su sede central en Moscú, lo cual infla sustancialmente la cifra de la ciudad; no obstante, este abultamiento estadístico ilustra el predominio de la capital en la economía nacional.

<sup>4</sup> Cifras obtenidas de la página de Internet del RosStat.

<sup>5</sup> *Ibid.*

## *Estabilización y desaceleración*

Los elevados precios mundiales del petróleo, unidos al predominio de la extracción de recursos naturales en la economía rusa, han producido una versión eslava de la «enfermedad holandesa». Popov señala la consiguiente sobrevaloración de la tasa de cambio real como razón principal para la desaceleración efectiva de la tasa de crecimiento del PIB desde 2000. Pero se podrían aducir otros factores interrelacionados, con significativas consecuencias a largo plazo.

En primer lugar, el tema de la inversión, tanto en cuanto a su escala –relativamente baja, inferior al 20 por 100 del PIB– como a su carácter. El desbaratamiento de la economía planificada en la década de 1990 provocó una desindustrialización a gran escala en Rusia, y los beneficios generados por las empresas supervivientes se canalizaron en gran medida hacia el exterior del país, a cuentas en el extranjero. El hundimiento del rublo en 1998, al hacer las exportaciones más competitivas, animó a los capitalistas a repatriar parte de esta riqueza. Pero como señala Simon Clarke, aunque la inversión ha aumentado desde la década de 1990,

la mayor parte [...] [se ha dirigido] a un reequipamiento y una reconstrucción poco sistemáticos de las instalaciones existentes, para mantener o ampliar la capacidad de producción existente en un entorno de mercado favorable, y no en la construcción de nuevas fábricas capaces de producir con criterios de costes y calidad mundiales y de expandir activamente el mercado<sup>6</sup>.

El que la inversión se dirigiese a la capacidad existente, y no hacia una diversificación de la economía, tal vez explique en parte por qué el volumen de las importaciones aumentó casi un 20 por 100 en 2003-2005: hasta en circunstancias macroeconómicas favorables, las mercancías nacionales han sido incapaces de competir en muchos sectores con las producidas en el extranjero<sup>7</sup>. Esta aparente falta de voluntad para dedicar fondos a ampliar la base de la economía rusa –y por lo tanto la base para futuros beneficios– sugiere que la elite empresarial rusa sigue siendo de naturaleza en gran medida extractiva. A no ser que la orientación cambie, el crecimiento del PIB seguirá dependiendo sobre todo de los caprichos de los precios mundiales del petróleo.

La renuencia a invertir no se limita al sector privado. En 2004, el gobierno ruso creó un Fondo de Estabilización para acumular las vertiginosas cantidades de pretrorrublos. Todos los ingresos derivados de la venta del petróleo que superen los 27 dólares por barril para el crudo de los Ura-

<sup>6</sup> Simon Clarke, «A Very Soviet Form of Capitalism? The Management of Holding Companies in Russia», *Post-Communist Economies* XVI, 4, 2004, p. 420.

<sup>7</sup> EIU, *Russia Country Profile 2006*, cit., p. 43.

les se ingresan en el fondo, cuyo saldo alcanzó su máximo en junio de 2006 con poco menos de 80.000 millones de dólares<sup>8</sup>. Pero como observa Popov, el gobierno de Putin «no ha aprovechado los inesperados ingresos procedentes del petróleo y del gas [...] para reparar unas instituciones estatales terriblemente dañadas y restaurar la provisión de bienes públicos cruciales»<sup>9</sup>. Parte del botín del «Stabfond» se ha usado para saldar la deuda externa y cubrir los atrasos en las pensiones; pero desde el verano de 2006 se ha gastado casi exclusivamente en moneda exterior: 45 por 100 en dólares, 45 por 100 en euros, 10 por 100 en libras esterlinas. Entre julio de 2006 y finales de enero de 2007, el gasto acumulado del Stabfond en adquisición de divisas alcanzó los 2,4 billones de rublos, 91.000 millones de dólares, además de los 250.000 millones de dólares en reservas extranjeras que el Estado poseía ya en 2006<sup>10</sup>.

En un país en el que «hasta uno de cada cinco hospitales sigue careciendo de agua caliente e instalaciones de alcantarillado», en el que «la financiación estatal paga menos de un tercio de los gastos de funcionamiento de las universidades estatales», un gobierno que nada en dinero ha optado, sin embargo por no gastar mucho en bienes públicos<sup>11</sup>. Por el contrario, ha vertido sus recursos en los mercados de capitales mundiales, para «financiar los mayores déficits por cuenta corriente de los importadores de petróleo; devolviendo de hecho a los consumidores el aumento de las facturas de combustible a modo de préstamo», y apuntalando las economías de éstos en lugar de solucionar los desequilibrios de la suya<sup>12</sup>. Debería señalarse que esto se suma a un excedente presupuestario del 7,7 por 100 del PIB en 2005, y a la aplicación de una serie de cambios regresivos al régimen fiscal desde 2001 –incluido un tipo único para el impuesto sobre la renta del 13 por 100 y una reducción en los impuestos empresariales del 35 al 24 por 100– que han favorecido sistemáticamente la riqueza empresarial a expensas de los ciudadanos comunes<sup>13</sup>.

### ¿Quién gobierna Rusia?

Las prioridades de gasto del gobierno de Putin –fortalecer el euro y el tambaleante dólar en lugar de atender a las necesidades de su propia población– y la renuencia de los empresarios rusos a invertir en la expansión de los mercados internos, hacen surgir dudas fundamentales acerca de la estrategia general de la actual elite empresarial y política rusa. An-

<sup>8</sup> Elena Lebedinskaia, «Stabfond: segodnia, zavtra... navsegda?», *Neprikosnovennyi zapas* 50, 2006; cifras del Ministerstvo Finansov, [www.minfin.ru](http://www.minfin.ru).

<sup>9</sup> Vladimir Popov, «Russia Redux?», *NLR* 44 (mayo-junio 2007), p. 36.

<sup>10</sup> *Financial Times*, 9 de junio de 2006; cifras del Ministerstvo Finansov y de EIU, *Russia Country Report 2006*, cit., p. 39.

<sup>11</sup> EIU, *Russia Country Profile 2006*, cit., p. 24.

<sup>12</sup> *The Economist*, 10 de noviembre de 2005.

<sup>13</sup> EIU, *Russia Country Profile 2006*, cit., pp. 66, 39.

tes de hablar de esto, sin embargo, debemos abordar una cuestión más básica: ¿quiénes son los nuevos gobernantes rusos?

Mucho se ha escrito acerca del ascenso de los representantes de las «estructuras de poder» con Putin, en otro tiempo teniente coronel de la KGB y, antes de su ascenso a primer ministro y a la presidencia, director del FSB, organismo sucesor de la KGB. Salidos de las filas del ejército y de los servicios de seguridad, los *siloviki* destacan de hecho en el actual liderazgo ruso: de acuerdo con Olga Kryshatanovskaya y Stephen White, los *siloviki* componían en 2003 el 58,3 por 100 del Consejo de Seguridad, frente al 33,3 por 100 de 1993, y un nimio 4,8 por 100 en el Politburó de 1988. También ha aumentado su proporción en la elite regional: de los 88 jefes de las divisiones federales, el 2,2 por 100 procedía en 1993 del ejército o de los círculos de seguridad, aumentando a un 4,5 por 100 en 1999 y disparándose al 10,2 por 100 en 2003<sup>14</sup>. Muy preocupante para quienes temen una restauración del autoritarismo es que muchos de los así nombrados aún permanecen en la «reserva activa» de su ministerio original, del que están de hecho en comisión de servicios, y para el cual supuestamente deben preparar un informe mensual de sus actividades.

La mezcla de servicios de seguridad y poder político es una característica destacada de la Rusia de Putin; un punto al que volveremos. Quizá aún más llamativo, sin embargo, ha sido la presencia creciente de la empresa en el Estado. El hundimiento del rublo en 1998 alteró profundamente el carácter y la composición de la elite empresarial rusa, barriando prácticamente la banca y el sistema financiero moscovitas, mientras que el repentino estímulo para la producción nacional resultante de la suspensión de pagos y de la devaluación condujo a un aumento del peso del sector real, y en consecuencia a una nueva preeminencia de las regiones industriales. Mientras que la escena de la década de 1990 estaba dominada por un puñado de «oligarcas», a principios de siglo la influencia política y el peso económico se distribuían por un conjunto más amplio y geográficamente más disperso de individuos, con afiliaciones más cercanas al aparato estatal que los magnates predecesores. De hecho, un examen de las trayectorias de la nueva elite empresarial revela que en 2001 el 29 por 100 procedía de la *nomenklatura*, frente al 24 por 100 de 1993; Kryshatanovskaya y White observan además que «la principal fuente de reclutamiento de la elite empresarial son los ministerios estatales»<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> Olga Kryshatanovskaya y Stephen White, «Putin's Militocracy», *Post-Soviet Affairs* XIX, 4 (2003), pp. 289-306. He citado las cifras de los grupos definidos con más precisión, en lugar de la cifra total mucho más alta calculada por Kryshatanovskaya y White; se pueden encontrar correcciones metodológicas importantes a sus datos en Sharon Werning Rivera y David Rivera, «The Russian Elite under Putin. Militocratic or Bourgeois?», *Post-Soviet Affaire* XXII, 2 (2006), pp. 125-144.

<sup>15</sup> Olga Kryshatanovskaya y Stephen White, «The rise of the Russian business elite», *Communist and Post-Communist Studies* 38 (2005), p. 300.

A la inversa, el sector empresarial ha sido una fuente significativa de cuadros estatales. Esto se aplica a todos los niveles: toda una sección de la Administración Presidencial de Putin salió de las filas del Banco Alfa, mientras que como muestra el cuadro 1, en 2003 aproximadamente el 20 por 100 del gobierno provenía del mundo empresarial, que proporcionaba más o menos la misma proporción de diputados de la Duma. La representación empresarial en la Cámara alta de la Asamblea Federal Rusa era aún mayor: en 2002, casi un tercio de los miembros del Consejo de la Federación procedían de empresas privadas<sup>16</sup> Más de una docena de regiones rusas, entre las que destacan las ricas en recursos, están ahora regidas por directivos de importantes empresas locales.

La consecuencia del hundimiento del rublo en 1998 fue, por lo tanto, una «renegociación, no una disolución, de la penetración mutua del sector empresarial y el estatal que define a una oligarquía»<sup>17</sup>. De hecho, con los sucesivos nombramientos que Putin ha hecho desde 2001 de figuras clave del gobierno y aliados para la presidencia de las empresas estatales, las relaciones entre empresa y funcionariado se han estrechado aún más. Ambos están ahora, en palabras de *Financial Times*, «extraordinariamente entrelazados»: el viceprimer ministro Dmitri Medvedev es también presidente de Gazprom; el subdirector de personal de Putin, Igor Sechin, también es presidente de Rosneft. Tomando la Administración presidencial en conjunto, «11 miembros presidían 6 empresas estatales y pertenecían a otros 12 consejos de dirección estatales; 15 altos cargos de la Administración pública ocupaban 6 presidencias y otros 24 puestos de junta directiva». Se rumorea también que muchos otros miembros de la Administración tienen intereses empresariales significativos y secretos, como el ministro de Comunicaciones, Leonid Reiman, que supuestamente aún posee una participación en la compañía telefónica que cofundó, Telekominvest<sup>18</sup>.

*Financial Times* ha descrito el entorno inmediato de Putin como el «semiconsejo directivo de lo que podría llamarse Rusia, S.A.». La amplia medida en la que se han fusionado Estado y empresa, y el carácter anfibio de funcionarios y ejecutivos, sugieren inicialmente que éste sería un nombre adecuado para el país. Se plantea la duda, sin embargo, de cuál de los dos rostros de la elite rusa —empresarial o estatal— predomina; qué fracción establece los objetivos y las prioridades a largo plazo.

---

<sup>16</sup> Andrew Barnes, «Russia's New Business Groups and State Power», *Post-Soviet Affairs* XIX, 2 (2003), p. 180

<sup>17</sup> O. Kryshnanovskaya y S. White, «The rise of the Russian business elite», cit., p. 295.

<sup>18</sup> *The Financial Times*, 19 de junio de 2006; y William Tompson, «Putin and the "Oligarchs"». A Two-Sided Commitment Problem», en Alex Pravda (ed.), *Leading Russia. Putin in Perspective*, Oxford, 2005, p. 193.



Cuadro 1. Representación empresarial en los grupos de la elite (porcentajes)

	Altos cargos	Diputados de la Duma	Gobierno	Elite regional	Total
Cohorte de Yeltsin (1993)	2,3	12,8	0	2,6	4,4
Cohorte de Putin (2002)	15,7	17,3	4,2	8,1	9,3
Cohorte de Putin (2003)	9,1	17,3	20	12,5	14,7

Fuente: O. Kryshyanovskaya y S. White, «Rise of the Russian business elite», cit., cuadro 4, p. 303.

### *Orientaciones de la elite*

La reafirmación del control estatal sobre las empresas y los sectores estratégicos se ha considerado un signo de nacionalización sigilosa: el Estado usa sus competencias administrativas para aplastar a la YUKOS de Jodorovski y, más recientemente, incluso apartar a empresas multinacionales como Shell. Los analistas institucionales de Occidente han diagnosticado estos acontecimientos como un caso de «nacionalismo de recursos», equiparando las acciones de Putin a las de Chávez o Morales, mientras que el lema más reciente del discurso político ruso ha sido la idea de «democracia soberana», que en esencia se refiere a la capacidad y la determinación rusas para seguir un curso propio, sin depender ya de los préstamos o la aprobación de Occidente.

Ninguno de estos conceptos es una medida adecuada de la orientación y la perspectiva de la elite contemporánea rusa. Como ya se ha señalado, la Administración de Putin no ha redistribuido activamente la riqueza petrolífera a los desposeídos por las «reformas» de la década de 1990; de hecho, su régimen fiscal pretende precisamente beneficiar aún más a los ricos, mientras que la monetización de las prestaciones sociales y el aumento del precio de los servicios públicos perjudican a los pobres. Aunque la tasa de pobreza disminuye y los salarios aumentan, es probable que cualquier caída significativa de los precios del petróleo invierta estas tendencias, lo cual afectará de nuevo más gravemente sobre los estratos de rentas más bajas. La decisión de gastar el dinero procedente del petróleo en euros y dólares, por su parte, está aparentemente motivada por un intento de mantener la inflación controlada; pero en un contexto de continua disfunción de las infraestructuras, dicha prudencia es una forma de suicidio diferido, privando al país de los bienes públicos que garantizarían su supervivencia a largo plazo.

Popov critica la decisión de no gastar los ingresos derivados del petróleo en bienes públicos e infraestructuras, pero no plantea la cuestión de por qué se ha tomado. Está claro, sin embargo, que a pesar de toda la retóri-

ca nacionalista que emana del Kremlin a los gobernantes rusos no les preocupan las condiciones de vida y las perspectivas de sus ciudadanos. Por el contrario, lo que intentan garantizar es la continua salida de petróleo y entrada de dinero, distribuyendo dádivas al *narod* [pueblo] silencioso cuando las necesidades electorales lo dictan, pero por lo demás centrándose en las presas gemelas de beneficios y poder.

La relación entre ellas tal vez sea el rasgo estructural de la Rusia actual: el poder administrativo proporciona herramientas cruciales para el éxito empresarial, mientras que a menudo las consideraciones comerciales dictan la asignación de activos y cargos estatales. La convergencia de Estado y empresa es en ese sentido mucho más que una coalición de gente que se guía por el interés propio: es una simbiosis arraigada en la forma neopatrimonial asumida por el capitalismo en Rusia. El Estado ha sido la estructura clave a través de la cual los capitalistas del país han perseguido sus intereses económicos: usando a sus autoridades para garantizar el resultado de las privatizaciones; para facilitar las absorciones hostiles (a menudo armadas), la liquidación de activos y el blanqueo de dinero; para retrasar u ocultar deudas fiscales; e incluso para actuar como protección pagada contra la delincuencia organizada. En una reunión mantenida en julio de 2000 con los magnates más destacados del país, Putin señaló de manera reveladora «el hecho de que vosotros hayáis formado este Estado en una medida significativa mediante las estructuras políticas y semipolíticas que controláis», añadiendo que «quizá lo que menos debería hacer uno es culpar al espejo»<sup>19</sup>.

En el siglo XXI, el Estado se ha convertido en garante indispensable de las propiedades adquiridas en la década de 1990. Muchos han visto en la persecución selectiva de Putin a los «oligarcas» desde 2000 una reafirmación vigorosa de las prerrogativas y la autoridad del Estado sobre la empresa. Sin embargo, esto supone pasar por alto la medida en la que fortalecer el poder estatal sirve precisamente a los intereses de la elite empresarial rusa. William Tompson, economista de la OCDE, observa que «para los nuevos ricos de Rusia, la construcción del Estado y la reforma estructural pretendían consolidar las victorias que ellos habían obtenido en la década de 1990»<sup>20</sup>. En un contexto en el que el Estado y las empresas se superponen tan extensamente, a menudo una expansión del poder estatal ha supuesto simplemente un aumento exponencial de las estrategias coercitivas a disposición de los grupos empresariales<sup>21</sup>. Mientras que la retórica de la centralización del liderazgo nacional ha ganado en estridencia, las elites

<sup>19</sup> W. Thompson, «Putin and the “Oligarchs”. A Two-Sided Commitment Problem», cit., p. 182.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 188.

<sup>21</sup> Vadim Volkov concluye que en el periodo transcurrido desde 2000, «los principales instrumentos de las absorciones empresariales hostiles son organizaciones estatales corruptas con poder judicial y coercitivo». Vadim Volkov, «The Selective Use of State Capacity in Russia's Economy. Property Disputes and Enterprise Takeovers After 2000», *PONARS Policy Memo* 273 (octubre 2002).

empresariales han centrado su atención en garantizar los servicios del aparato estatal a escala regional y local, donde «los recursos del Estado [...] se alquilan a grupos empresariales poderosos y en expansión»<sup>22</sup>. El fenómeno de la «captura» del Estado que caracterizó la década de 1990 se ha modificado de forma, por lo tanto, pero no se ha reducido sustancialmente.

La formación resultante podría describirse como una en la que el Estado tiene poca o ninguna autonomía frente a los intereses económicos de la elite rusa. Las fracciones de esta aleación Estado-empresa constan de actores estatales y grupos empresariales, que se combinan de acuerdo con intereses económicos comunes. Las divisiones sobre la política futura –como aumentar la liberalización y disminuir los aranceles, algo exigido para la entrada en la OMC– siguen líneas sectoriales, de modo que muchos fabricantes exportadores y bancos aún frágiles se alinean con los partidarios de la «soberanía», contra los partidarios liberales de aumentar la integración en la economía mundial. La influencia de las dos tendencias principales fluctúa, mientras Putin sobrevuela la refriega y trabaja deliberadamente para mantener la fragmentación de ámbitos e intereses que hasta ahora ha bloqueado la aparición de una clase capitalista unificada.

Putin disfruta de considerable apoyo entre la población en general, pero esto tiene un carácter superficial y plebiscitario, y no debería confundirse con un amplio consenso social en el que el conjunto de la elite pudiera confiar. De hecho, los gobernantes rusos han sido incapaces de forjar una ideología con atractivo uniforme; el reciente cultivo de los sentimientos nacionalistas ha adoptado principalmente forma de espasmos postimperiales y no de una visión coherente que les permitiera ejercer un liderazgo moral. Por el contrario, controlan a la población atomizada con una combinación de aprobación electoral al propio Putin y diversos mecanismos de coacción no formalizados. Estos mecanismos desempeñan una función más destacada de lo que el análisis de Popov –en el que la delincuencia, la corrupción y el sector informal parecen meros subproductos de una coyuntura inestable– pudiera sugerir. De hecho, son parte integral del funcionamiento de la Rusia de Putin, y como tales son fundamentales para comprender su evolución futura.

### *Síntomas de informalidad*

El principal cambio administrativo promovido por Putin ha sido una formidable recentralización; la «vertical del poder», en expresión del propio presidente, se ha plantado firmemente en el suelo del país. Esto ha supuesto, por una parte, un aumento de la eficacia en el funcionamiento básico del Estado –sobre todo en la recaudación de impuestos– y la asunción, en mayor medida que en el periodo soviético, de puestos civiles por

---

<sup>22</sup> *Ibid.*

parte de personal militar y del servicio de seguridad. Por otra parte, el aumento de la centralización tiene al menos otras dos consecuencias menos resaltadas. En primer lugar, el centro federal no ha eliminado las estructuras regionales, sino que simplemente ha creado una nueva capa de empleados estatales que usurpan las funciones de sus homólogos, sin desplazarlos por completo. De ahí, en parte, la enorme burocratización del Estado ruso: hay ahora 1,3 millones de funcionarios, más del doble de los que tenía la URSS antes de su disolución<sup>23</sup>. En segundo lugar, no es sólo la autoridad lo que se ha centralizado: el mundo paralelo de corrupción se ha reorganizado de modo similar. De acuerdo con una investigación realizada por el grupo de análisis ruso INDEM, aunque la cantidad de sobornos descendió un 20 por 100 en 2001-2005, el tamaño medio de cada soborno se ha multiplicado de hecho por trece<sup>24</sup>. El mismo estudio calculaba que el volumen de la corrupción empresarial era de 316.000 millones de dólares, mientras que el fiscal general adjunto de Rusia lo calculaba en 214.000 millones de dólares. De cualquier modo, como observa Leonid Kosals, «ambas cifras superan la escala de ingresos del presupuesto federal ruso», añadiendo que la corrupción «se ha multiplicado aproximadamente por diez, un aumento muchas veces superior al crecimiento de la economía en su totalidad»<sup>25</sup>.

La escala de corrupción en Rusia deriva sobre todo del mantenimiento de la incidencia de las prácticas informales en todas las esferas de la sociedad, a su vez producto de lo que Georgi Derluguian ha denominado la «persistente infrainstitucionalización de la vida rusa»<sup>26</sup>. Desde el punto de vista político, la falta de instituciones da lugar a un personalismo generalizado, que como mínimo sostiene un fermento de camarillas y fracciones: obsérvese el número de sanpetersburgueses en el séquito de Putin. También abre con frecuencia camino al nepotismo descarado. Por citar sólo dos de los incontables ejemplos: entre 1996 y 2000, el entonces gobernador Alexander Rutskoi situó en manos de sus parientes intereses petrolíferos, las farmacias, la seguridad pública y los asuntos culturales del *oblast* de Kursk; mientras que buena parte de la vida económica actual de Bashkortostán está bajo el radio de acción de la familia del presidente Murtaza Rajimov.

Hay, por supuesto, muchos casos similarmente egregios en otras partes del mundo. Pero el personalismo que facilita dicha corrupción forma parte de todo un complejo de prácticas informales en las que se basa el orden postsoviético. Como sostiene Alena Ledeneva, «el componente informal es parte integrante del poder político en Rusia, y lo hace más efi-

<sup>23</sup> EIU, *Russia Country Profile 2006*, cit., p. 9.

<sup>24</sup> Citado en Leonid Kosals, «Klanovyi kapitalizm v Rossii», *Neprikosnovennyi zapas* 50 (2006), p. 196.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 191.

<sup>26</sup> Georgi Derluguian, «Under Fond Western Eyes», *NLR* 24 (enero-febrero 2003), p. 126 [ed. cast.: «Bajo la indulgente Mirada occidental», *NLR* 24 (enero-febrero 2004)].

ciente y dependiente de las normas no escritas, de su no transparencia y de la selectividad en la aplicación de la ley»<sup>27</sup>. De ahí, por ejemplo, que el desmembramiento de YUKOS no sólo tuviera como objetivo transferir activospreciados a empresas relacionadas con el gobierno, sino que también pretendía deliberadamente crear entre los inversores incertidumbre respecto a las normas del juego, conservando la prerrogativa de las autoridades estatales para mantener o revocar derechos de propiedad, de acuerdo con los intereses de sus propias fracciones.

La economía rusa posee desde hace tiempo un considerable sector sumergido. En el periodo soviético, era sobre todo un mecanismo para soportar la escasez; de igual modo, en la década de 1990, cuando había poco dinero en efectivo y, como registra Popov, «el sistema de pagos estaba al borde de la quiebra», el trueque alcanzaba hasta el 50 por 100 de las transacciones y la economía sumergida ascendía al 40 y al 50 por 100 del PIB<sup>28</sup>. El aumento de las mercancías ha garantizado una monetización de la economía, pero Popov advierte que el trueque y los impagos podrían resurgir, «si las autoridades recurren a una política monetaria restrictiva». Esto subestima en parte la medida en la que los mecanismos económicos informales son un rasgo permanente del paisaje socioeconómico ruso. De nuevo, el clima macroeconómico favorable oculta la persistencia de canales no oficiales: mientras que éstos «se usaban en la economía soviética para proteger a las empresas de las exigencias del plan», el actual recurso a ellos «protege a las empresas de las exigencias del mercado»<sup>29</sup>.

### *Delincuencia y guerra colonial*

De acuerdo con Popov, «la escala y el alcance de la delincuencia en la sociedad rusa siguen siendo elevados». La tasa de asesinatos actual es superior al 20 por 1.000, tres veces más elevada que en Estados Unidos, y diez veces superior a la de Europa occidental y oriental, Canadá, China y Japón. Aún así, es más baja que antes. Ha habido, sin embargo, un aumento del 60 por 100 en la tasa delictiva total entre 2002 y 2006. Popov sostiene que es «con toda probabilidad un signo de un mejor registro de los delitos»<sup>30</sup>. Muchos no compartirían su confianza. Sin duda, un grado más elevado de competencia oficial (real o percibida) fomenta que se denuncien los delitos; ¿pero es esto suficiente para explicar un aumento del 50 por 100, sobre una tasa ya de por sí elevada? La persistencia de las prácticas informales mencionadas, la continuación y el crecimiento de la co-

<sup>27</sup> Alena Ledeneva, *How Russia Really Works. The Informal Practices that Shaped Post-Soviet Politics and Business*, Ithaca, Nueva York, 2006, p. 188.

<sup>28</sup> V. Popov, «Russia Redux?», cit., p. 36; L. Kosals-Klanovyi kapitalizm v Rossii», cit., p. 184.

<sup>29</sup> A. Ledeneva, *How Russia Really Works. The Informal Practices that Shaped Post-Soviet Politics and Business*, cit., p. 118.

<sup>30</sup> V. Popov, «Russia Redux?», cit., pp. 36, 50.

rupción, y el afianzamiento de las desigualdades de la renta, ayudan a expandir las fracturas sociales en las que prospera la delincuencia. Se puede decir que el hecho de que la ley sea manifiestamente un instrumento al servicio de intereses y fracciones particulares ha ayudado mucho a debilitar el respeto a la legalidad.

Pero es el continuo uso que Putin hace de la fuerza el que más ha contribuido a la legitimación de la violencia en el conjunto del país. La guerra en Chechenia, librada con ferocidad aún mayor que en 1994-1996, lo catapultó a la presidencia en 2000, y ha desempeñado una función vital en la consolidación de su sistema autoritario: aplastar las aspiraciones independentistas chechenas fue el componente militarizado del impulso re-centralizador de Putin, y la actitud intransigente del presidente sostenía buena parte de su atractivo público inicial. Popov pasa por encima de las atrocidades y de la continua ocupación, señalando que «hoy los separatistas están en gran medida derrotados». Portavoces del ejército y del gobierno ruso han declarado la victoria varias veces —empezando por el propio Putin ya en 2000— pero ahora que la guerra está en su octavo año, no hay fin a la vista. El ejército ruso sigue sufriendo una media de 3 tres bajas semanales, causadas por una resistencia pequeña pero de gran movilidad; el régimen títere que Moscú ha establecido secuestra, tortura y mata con regularidad a sus conciudadanos, y está privado de toda legitimidad. No hay ningún punto de vista desde el cual se pueda considerar un éxito la guerra de Putin en Chechenia. El propio Popov aporta una confirmación indirecta del fracaso cuando se refiere al 43 por 100 de la población que a comienzos de 2004 deseaba que el presidente le pusiera fin; a finales de 2006, el porcentaje de partidarios de negociar con los separatistas ascendía al 64 por 100<sup>31</sup>.

La guerra es una catástrofe cuyas consecuencias se extienden mucho más allá del Cáucaso del Norte. En el conjunto de la sociedad rusa, la contrainsurgencia de Putin en Chechenia ha fomentado un aumento de la xenofobia y un imperialismo descarado, que retrata el asesinato de decenas de miles de chechenos como algo esencial para la supervivencia de Rusia como Estado. Ha tenido un impacto perjudicial más directo sobre más de un millón de rusos, que van desde los reclutas rasos hasta los mercenarios o el personal de seguridad que han pasado por Chechenia desde 1994: todos ellos han cometido o visto actos de ilimitada brutalidad, y para todos ellos, la fuerza ilimitada es un modo de conducta oficialmente sancionado. El trauma psicológico infligido a los soldados por la guerra se denomina «síndrome checheno». Pero los insidiosos síntomas de la agresión no se limitan a la mente de los veteranos; han arraigado en la vida pública y en la vida política rusa.

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 49; datos de encuesta del Centro Levada, [www.levada.ru](http://www.levada.ru).

*¿El mal menor?*

Popov concluye resaltando la necesidad de escoger el mal menor de la centralización y el potencial autoritarismo a la descomposición y al caos inevitable que acompañarían a cualquier otro curso de acción. La estabilidad es la consideración fundamental; la democracia puede esperar hasta que se desarrollen circunstancias más favorables. La pregunta que surge de inmediato es ¿estabilidad para quién? A partir del análisis precedente debería quedar claro que a los gobernantes rusos les interesa poco el destino de la población en general; la actual prioridad es, por el contrario, usar los recursos naturales del país para apalancar una mayor participación en los asuntos mundiales, y así forjar nuevas oportunidades de internacionalización del capital ruso. La entrada en la OMC colaborará en este segundo objetivo, aunque también traerá consigo un desmantelamiento de las protecciones que han ayudado a la industria rusa, y debilitará los recientes intentos de revitalizar los sectores de fabricación de automóviles y de la aviación. A los peligros enumerados por Popov, por lo tanto, deberíamos añadir la exposición a las presiones capitalistas internacionales y la ampliación de las desigualdades existentes que inevitablemente acompañan al acceso a la OMC. Estas formas de desestabilización eludirán en gran medida, por supuesto, a las fracciones empresariales y estatales que más activamente las buscan.

Por último, refirámonos a la cuestión del mal menor. Popov plantea alternativas lúgubres: la situación actual o el completo desastre. Tal lógica ayuda desde hace tiempo a atraer a críticos de diversos tipos a gobiernos por lo demás inaceptables. Pero es precisamente la inmunidad a la oposición o al debate la que permite que florezcan la delincuencia, la coerción y la corrupción; por el contrario, es la disponibilidad de propuestas alternativas de futuras sendas de desarrollo la que constituye la salud política de un país. El análisis de Popov presenta muchos puntos a partir de los cuales empezar un debate de ese tipo.